

Declaración del cardenal Blase J. Cupich, arzobispo de Chicago, sobre el asesinato en masa en Thousand Oaks, California

9 de noviembre de 2018

La semana pasada estuvimos con nuestros hermanos y hermanas judíos para recordar a las personas asesinadas y heridas en la Sinagoga Árbol de la Vida mientras se reunían para el culto.

Ayer nos despertamos con la noticia de que 12 jóvenes reunidos en un club nocturno y un valiente sargento de la oficina del sheriff que se apresuró para salvarlos han fallecido en otro tiroteo.

Y escuchamos a los medios de comunicación leer el listado, el inevitable ranking de la tragedia –11 muertos en Pittsburgh, 58 en Las Vegas, 17 en Parkland, 49 en Orlando– como si cuantificar la masacre nos ayudará a comprenderla.

¿Estamos los estadounidenses condenados a un ciclo interminable de horror y luto?

¿No podemos estar de acuerdo en que por lo menos vale la pena tratar de tomar pasos para poner fin a la violencia?

¿No podemos invocar nuestra humanidad común y cualquier sistema de creencias que nos une y rehacer nuestra nación una vez más como lo pidió Lincoln: “sin malicia hacia nadie, con caridad para todos”?

Pedimos que la gracia de Dios fluya y consuele a los que lloran, levante a los que se desesperan e inspire a los que deben ahora asumir la causa de paz y justicia.